

Querida Gracia,

Mi nuera, quien no es Católica, comentó que uno de los “problemas” que ella tiene con la fe Católica es nuestra reverencia por María y el hecho de que oramos a ella para pedir su intercesión. Mi nuera cree que ponemos a María al mismo nivel de Jesús. ¿De qué forma puedo explicarle que esto no es así?

Indudablemente es triste que exista tanto malentendido respecto al amor y reverencia que los Católicos y otros Cristianos tienen por la Madre de Jesús. Muy probablemente, el problema surge del hecho de que la Bendita Virgen María no es reconocida por algunos como una madre personal, espiritual. Porque es únicamente reconociéndola como nuestra verdadera Madre Espiritual, que seremos llevados a una auténtica respuesta a María.

Cuando los Católicos dicen, “María es nuestra Madre,” éstas no son sólo palabras vacías. Más bien significan que reconocemos a María por quien ella es y por su papel en el designio de Dios. El que María haya sido la madre de Jesús, el Hombre-Dios, es casi universalmente aceptado entre todos los Cristianos y probablemente también entre muchos no-Cristianos. Por tanto, en este pequeño espacio nos enfocaremos más bien en su papel actual en la vida de la Iglesia. Entonces podremos explicar mejor por qué la amamos, reverenciamos y honramos y también por qué somos entonces impulsados a buscar su intercesión y protección.

Viendo en primer lugar la Escritura, la base principal de la doctrina de María como Madre Espiritual de *toda la humanidad* se encuentra en el evangelio de Juan. En esta escena, María se encuentra en el Calvario, al pie de la Cruz con Juan, el discípulo amado. Juan nos dice, “Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Luego dice al discípulo; “Ahí tienes a tu madre.” (Juan 19: 26-27). A través de la historia de la Iglesia, numerosos papas, teólogos y escritores han confirmado su creencia de que aquí, Juan es el símbolo de toda la humanidad. En otras palabras, que Jesús desde la Cruz dio Su Madre a cada ser humano, para siempre.

Nuestro Señor dijo “Ahí tienes a tu madre.” Él no estaba *sugiriendo* que María se convirtiera en nuestra madre, sino que María *es* nuestra Madre. Y a María Él nos entregó como sus hijos. Si esto es verdad, ¿cómo damos sentido teológico a esta relación? Volviendo nuevamente a la Escritura, podemos comprender mejor al considerar la hermosa doctrina de San Pablo sobre el Cuerpo Místico de Cristo (cf. Colosenses 1:18, Efesios 4:15). En todo este Cuerpo, San Pablo se refiere a Cristo como la

Cabeza y a la Iglesia como el Cuerpo. La Cabeza y el Cuerpo conforman el entero y total Cuerpo Místico de Jesucristo

Ahora bien, si decimos que María dio a luz a Jesús, la Cabeza del Cuerpo, entonces debe ser verdad que ella dio a luz al Cuerpo completo, ya que un verdadero cuerpo no puede estar separado. Por tanto, esto significa que ella de igual manera dio a luz a los miembros. Al dar a luz físicamente a Jesús, podemos decir que María hizo posible para nosotros el que recibiéramos vida espiritual a través de Él. Estábamos muertos y a través de Él, volvimos a la vida. Y fue el “sí” de María en la Anunciación el que hizo posible nuestro renacimiento. Cuestionar esto es cuestionar el designio de Dios. Porque fue Él quien decidió desde toda la eternidad que así sería. Y la lista de aquellos que han creído es casi interminable.

Una vez que hemos establecido que María es nuestra verdadera Madre Espiritual, debemos preguntarnos ¿qué significa esto en nuestra vida diaria? En todo caso, ¿qué es una madre? ¿Qué es lo que hace una madre? ¿Por qué dispuso Dios que cada ser humano venga al mundo a través de una madre? Debe haber una razón para ello. ¿Da una madre simplemente a luz a un hijo para luego abandonarlo? Desde luego que no. Una madre no sólo da a luz, sino que ella misma es dada por Dios para que pueda criar, alimentar, enseñar, guiar y proteger a su hijo. Dios le confía a ella estas tareas. En la familia humana, una madre no es opcional. Así también, en la familia espiritual del Cuerpo Místico de Cristo, María, nuestra Madre, no es opcional.

Cualquier persona que estudie la historia de la primitiva Iglesia Cristiana, fácilmente descubrirá el testimonio sólido de cuan amorosa y fielmente estos primeros creyentes en Cristo, e innumerables otros que les siguieron a través de los tiempos, se volvían confiadamente con amor y devoción a la Madre de Jesús para protección, guía, apoyo y asistencia en sus horas de mayor necesidad. ¿Por qué hacían esto? Parece seguro asumir que lo hicieron porque deseaban obedecer a Jesús. Si Dios se permitió a Sí mismo nacer de ella y la eligió como Su Madre, ¿podemos hacer otra cosa que no fuera aceptarla como nuestra madre? El poner nuestra confianza en ella siempre será agradable a Dios, porque todo lo que ella hace siempre nos conducirá más cerca de Él.

¿Cómo podríamos atrevernos a declarar que ella está en un nivel igual a Dios? No lo está. Sin embargo, debido a que somos sus hijos espirituales, ella nos mira tiernamente y nos cuida con un amor tan profundo que nos mueve a rogar, “Oh Bendita Madre, ruego por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.”

© Derechos Reservados 2002 Gracia (Grace) D. MacKinnon

Gracia (Grace) MacKinnon es columnista, escritora y conferencista especializada en doctrina Católica. Los lectores pueden enviar preguntas sobre la fe Católica a: grace@deargraceministries.org y visitar la página web oficial de Gracia: www.deargraceministries.org. El material de la columna "Querida Gracia" sólo puede ser reproducido en publicaciones de suscripción parroquial. Cualquier otra reproducción está prohibida sin el permiso de la autora.